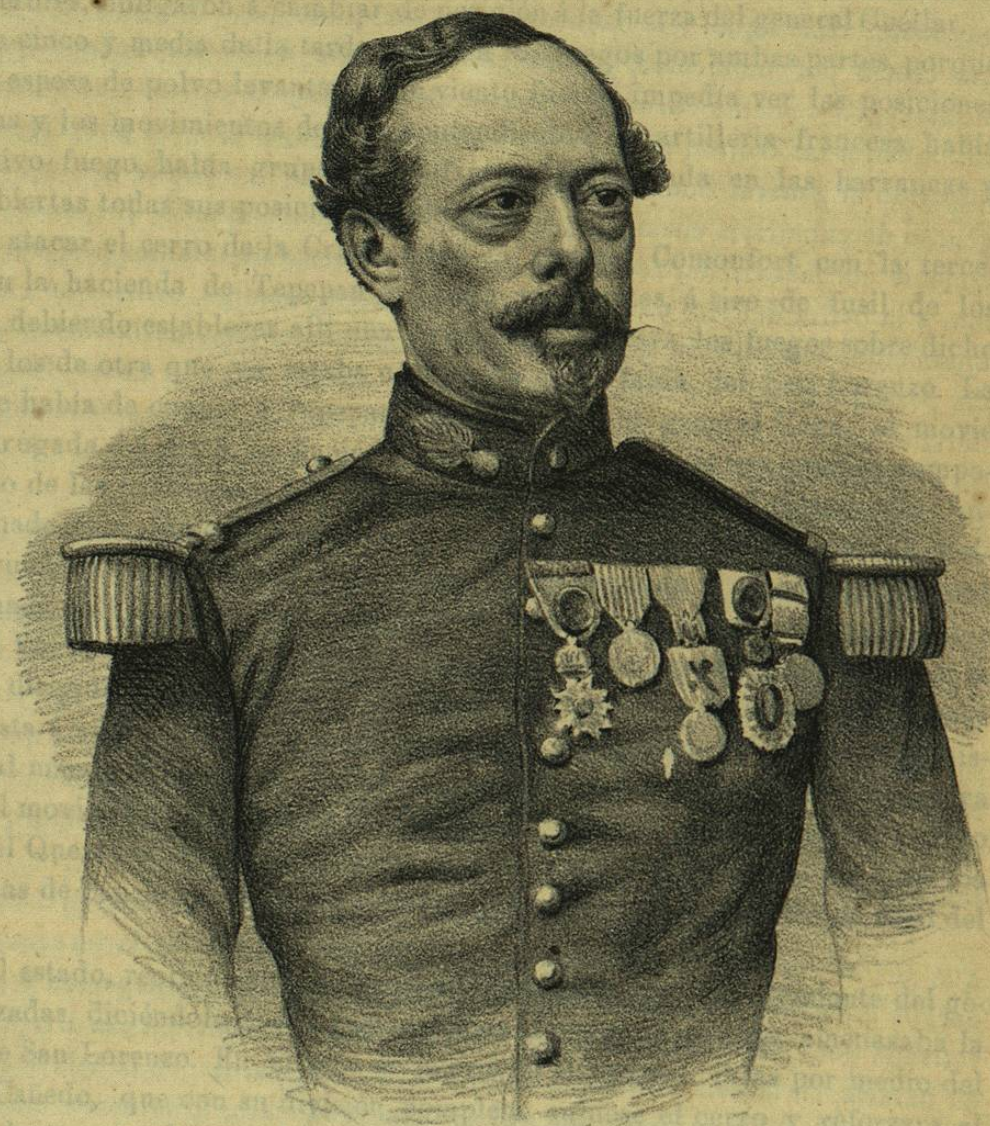


naxaque para encontrar el principio del camino que de antemano había mandado abrir, y aunque lo habían allanado hasta cerca de San Pablo del Monte, no quedó practicable sino hasta San Diego Buenavista, porque los franceses al sentir los trabajos destacaron una fuerza que destruyó los puentes recién construidos, abrió zanjas y obstruyó el paso con árboles derribados á propósito. Sin embargo, el proyecto del general Comonfort era seguir ese derrotero y recomponer el camino á viva fuerza, hasta ocupar el referido pueblo de San Pablo del Monte, proyecto que no llevó á cabo por haberle dicho un desertor de los prisioneros hechos en Puebla, que tanto en Santa María, como en las inmediaciones de San Pablo del Monte, estaba reunida una gran fuerza francesa esperando la llegada de un convoy que debía entrar ese día por aquel punto. La noticia tenía el sello de verdad, pues las operaciones de los franceses revelaban conocimiento de lo que el general Comonfort pretendía hacer; vióse obligado este jefe á cambiar violentamente de plan, no queriendo lanzar al ejército á ciegas por un camino que era preciso ir recomponiendo, lo que equivalía á exponerlo á un desastre. Fué mandado el general O'Horán por otro camino de herradura sobre San Pablo; para que reconociera las posiciones y fuerza numérica del enemigo, con el cual se batió en ese pueblo en tanto que el general Comonfort se dirigía por el camino recto que va á Puebla, para observar y reconocer los puntos de la Cruz y San Lorenzo Amecatlán. Encontró el primero ocupado por el enemigo, pero libre el segundo y le pareció desde luego á propósito para servir de base á las operaciones que fuera preciso ejecutar con objeto de cumplir la orden que le dió el gobierno, de introducir á toda costa un convoy de víveres y municiones á la plaza sitiada.

El cerro de San Lorenzo, á la derecha del camino, tiene su falda muy extendida hacia la Uranga, la Constanza y Ocotlán, proporcionaba buen tiro para la artillería; su falda en el lado del camino y en el opuesto á Ocotlán es escarpada y por un costado pasa el río de Atoyac que sólo tiene vados en determinados puntos. En la población de Ocotlán había una respetable fuerza mexicana al mando del general Garza. Al pie del cerro se encuentra la fábrica de Panzacola y un poco más al Norte sobre la orilla del río, la del Valor.

En el lado izquierdo del camino y á la altura del cerro de San Lorenzo, se encuentran los de Tenaxaque, al Sur de la barranca de este nombre. A poco más de media legua de esas posiciones, está el cerro de la Cruz que viene á enlazar las lomas con las faldas de la Malintzin. De este cerro al fuerte de Santa Anita hay una distancia de una legua escasa y en su intermedio está el cerrito llamado del Ocre, á propósito para enlazar aquellos puntos, de manera que una vez ocupada la posición de la Cruz, la comunicación con Puebla quedaba abierta y el convoy sería introducido. Se posesionó desde luego el general Comonfort del cerro de San Lorenzo, con una columna formada por la primera división, á cuyo frente marchaba el batallón de zapadores de San Luis y doscientos trabajadores, que dirigidos por el comandante de ingenieros iban componiendo el camino que conduce al cerro; la segunda división se posesionó de Panzacola para auxiliar á aquella y la



*El General L'Heriller*

Ocupó á Durango con las fuerzas de su mando, el 3 de Julio de 1864. Concedió en esa ciudad indulto á dos reos, en memoria del aniversario nacional el 15 de Setiembre. De regreso á México, recibió el segundo destacamento belga, el 7 de Enero de 1865.



tercera de los cerros de Tenaxaque. Ocupado el cerro de San Lorenzo el 6 de Mayo, por una columna al mando del general Aureliano Rivera, sostenida por las de los generales Cuéllar y Echeagaray, hubo algunos combates parciales; pero presentándose de punto los franceses en la cima del cerro de la Cruz con cerca de siete mil hombres, obligaron á cambiar de posición á la fuerza del general Cuéllar.

A las cinco y media de la tarde cesaron los fuegos por ambas partes, porque una nube espesa de polvo levantada por viento fuerte, impedía ver las posiciones respectivas y los movimientos de los contendientes; la artillería francesa había hecho activo fuego, había grupos de infantería emboscada en las barrancas y tenían cubiertas todas sus posiciones militares.

Para atacar el cerro de la Cruz, ocupó el general Comonfort con la tercera división la hacienda de Tepepan y lomas adyacentes, á tiro de fusil de los franceses, debiendo establecer allí una batería que cruzara los fuegos sobre dicho cerro con los de otra que ya estaba construída en la falda del San Lorenzo. La fuerza que había de ocupar á Tepepan, mandada por el general Vega, se movió en la madrugada del día 8, no haciéndolo en la noche porque era preciso componer el paso de las barrancas. Al amanecer de ese día apareció el ejército del Centro escalonado de la siguiente manera: primera división, al mando del general Echeagaray, atrincherada en el cerro de San Lorenzo; la segunda al mando del general Triás, situada en Panzacola, á tiro de fusil de la primera; la tercera, mandada por el general Vega, en el pueblo de Santo Toribio á media legua de San Lorenzo; la caballería dirigida por el general O'Horán, en las Haciendas de Paluía, San Cosme y otras, lista á avanzar sobre la izquierda rumbo á Tepepan; la brigada de la misma arma al mando del general Cuéllar, estaba inmediata á la división Vega, para proteger el movimiento que éste había de ejecutar y la del general Rivera, á cargo del coronel Quezadas por hallarse herido su jefe desde el combate del día 6, estaba en las lomas de San Lorenzo frente al cerro de la Cruz y á medio tiro de fusil del enemigo.

En tal estado, recibió aviso el general Comonfort, por un ayudante del general Quezadas, diciéndole que el enemigo, con fuerzas superiores amenazaba la posición de San Lorenzo. En el acto se le ordenó al general Triás por medio del ayudante Cañedo, que con su división completa subiese el cerro y reforzara al general Echeagaray; al coronel Quiroga se le previno que marchara con su brigada á defender el flanco derecho de la posición y al general O'Horán que cubriese el flanco izquierdo; á los generales Cuéllar y Vega también les fué ordenado que avanzaran con sus respectivas fuerzas para auxiliar el punto atacado, siendo portador de la orden el capitán Trigueros.

Dadas estas órdenes, montó á caballo el general Comonfort y se dirigió al lugar del combate, deteniéndose solamente el tiempo necesario para prevenir á los conductores de los carros que llevaban viveres y parque, que engancharan, y al encargado de las mulas que aparejara y cargara, debiendo dirigirse todos por el camino de Nativitas, para salvar el convoy que estaba en Panzacola, destinado á



Puebla tan luego que fuera tomado el cerro de la Cruz. En seguida quiso el general subir el cerro de San Lorenzo, y al llegar á las primeras casas del pueblo, se encontró repentinamente envuelto por sus mismas tropas que peleaban desesperadamente, y los enemigos que en número considerable iban arrollándolas á la bayoneta. Hizo aquel jefe cuantos esfuerzos pudo para contener el desconcierto que crecía por momentos, y para ello se dirigió á los coroneles López, Rojas, Montenegro, teniente coronel Espinosa, general Leyva y otros que entusiasmados animaban á las tropas; pero ya era inútil todo empeño, y sin poderlo evitar fué impelido el general Comonfort hasta la orilla del río, en donde se encontró con un grueso de caballería enemiga que venía flanqueando. Mandó que su ayudante el teniente coronel Cerda, reuniendo el mayor número de infantes se situara allí mismo, á la orilla del río, y contuviera la caballería enemiga, orden que cumplió debidamente, defendiendo con valor y protegiendo el paso de la fuerza que ya venía perseguida por los franceses, contra los cuales no pudo hacer fuego de artillería el general Trias, que estaba al otro lado del río, porque se encontraban de tal manera confundidos los combatientes, que no era posible batir á los franceses sin ofender á los mismos mexicanos.

Comonfort pasó á la otra orilla del río para ponerse al frente de la segunda división, extrañando que no se hubiera cumplido la orden de que rompiera el fuego; pero se encontró con que la fuerza iba desfilando en retirada, por orden del cuartel-maestre general Yañez, quien también dispuso que no se hiciera fuego. Comonfort se esforzó todavía: aprovechando la influencia que su voz ejercía en los soldados, y la impresión que produjo en ellos ver herido el caballo que montaba, reunió algunos dispersos de los que bajaban del cerro y situándolos detrás de los tercios de víveres que allí había, batieron por el momento al enemigo hasta que llegado un grueso de infantería desbarató aquella corta fuerza.

Perdida toda esperanza de aprovechar los cortos restos de la primera división, que por allí quedaban diseminados, fué Comonfort á buscar la tercera que consideraba íntegra, para volver sobre el enemigo, salvar á los dispersos y proteger la retirada del ejército bajo el mejor orden posible. Encontró á esa división formada en batalla, en la venta de Santa Inés, y á su retaguardia tenía á la segunda división y restos de la primera que allí se iban reuniendo; igualmente encontró á los generales Tomás Moreno y O'Horán, con sus caballerías formadas también en batalla cerca del camino. Todas estas tropas recibían al general Comonfort con vitores y contestaron con entusiasmo los vivas que este jefe dirigía á Mexico y al Supremo Gobierno.

Entretanto los franceses continuaban á paso veloz sobre las fuerzas mexicanas, y rompieron de nuevo sus fuegos, pretendiendo envolverlas por el flanco derecho; pero se detuvieron repentinamente al ver formados en batalla á los que consideraban derrotados y de esa circunstancia se aprovechó el general Comonfort para ordenar la retirada á Tlaxcala, operación que encomendó al general cuartel-maestre, quedando Comonfort para protegerla en unión de los generales Moreno, Echeagaray,

Zérega, O'Horán, Carbajal, Cuéllar y Barreiró, coroneles Durán e Ibarra y todo el Estado Mayor, apoyándose en una fuerza de caballería y dos piezas de montaña que estuvieron haciendo fuego sobre los franceses. No quería separarse de aquel sitio el general en jefe, y fué preciso que las personas que le rodeaban se empeñaran en alejarlo, hasta el grado de tomar las riendas del caballo que montaba.

Sabió la columna las lomas de Topoyanco, y se retiraron tras los accidentes del terreno los últimos trozos de la caballería del general O'Horán que tan bizarramente habían defendido la retirada, batiéndose escalonados. Quedó entre Santa Inés y Topoyanco el general Rivera, quien á pesar de estar herido, se había colocado á la cabeza de su brigada. En ese último pueblo se incorporó á las fuerzas con algunos dispersos que había podido reunir, el general Mata, á quien Comonfort había obligado á quedarse en Zacatelco por estar enfermo; también se le incorporó el general Rivadeneira, comisionado para recibir y atender á los heridos.

En Tlaxcala descansó el ejército solamente dos horas, y continuó para San Martín Texmelucan, ya para volver á tomar la antigua línea, ya para evitar que fuera cortada la división mandada por el general Garza que se había quedado cubriendo la línea de San Bartolo á Ocotlán, cuya fuerza se había replegado al primero de esos puntos, obligada por un cuerpo de fuerzas francesas.

En aquella memorable jornada perdió el ejército del Centro más de mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y ascendieron á ochocientos los dispersos; la pérdida del ejército francés se calculó en trescientos hombres por lo menos. Quedó en poder de éstos la artillería de la primera división, en parte desmontada y embalada, y algún parque del repuesto respectivo. La sección médica que en cumplimiento de su deber permaneció constantemente en el lugar del combate, fué hecha prisionera. Del convoy de víveres destinado á Puebla, se salvó una parte considerable, perdiéndose muchos carros cargados con provisiones, costalera, sacos á tierra y herramienta de zapa. La suerte fué adversa al ejército del Centro; pero no le faltó el valor y aun la heroicidad. El general en jefe de la primera división fué herido y la mayor parte de jefes murieron ó quedaron prisioneros. La proximidad á que estaba de los franceses el campamento más avanzado del ejército del Centro, facilitó el movimiento rápido de los intervencionistas que desprendieron un cuerpo considerable de tropas; pudo haberse perdido todo el ejército al choque de las cinco columnas que le arrojó el general Bazaine; la lucha fué tenaz, el terreno se disputó palmo á palmo y hubo al fin que ceder á la superioridad numérica. El ejército del Centro se podía considerar aun completo y la desgracia acaecida era de aquellas que honran al vencido. El general Comonfort había previsto lo que sucedería á la primera división y había dirigido respetuosas observaciones al Gobierno, antes de dar cumplimiento á lo que se le mandaba, para lograr la introducción de víveres á Puebla. En el curso de la batalla hubo lances heroicos: muchos jefes, en medio de la lluvia de balas que derramaban la muerte por todas partes, salvaron sus banderas, y alguno, cubierto con el lábaro sagrado, recibió la muerte más gloriosa de un militar.



A los oficiales presos en la batalla de San Lorenzo, se les permitió que escribieran y mandaran sus cartas al campamento del general Comonfort, entre esos oficiales estaban los tenientes coroneles Sóstenes Rocha, Juan E. Guerra, y José G. Ceballos y los coroneles Luis Legorreta y José M. Montenegro. Entre los que murieron se contó el coronel de guardia nacional Miguel López, jefe del tercero móvil de las fuerzas del Distrito; fué sepultado en el cementerio de la iglesita del pueblo de San Lorenzo.

Los republicanos consideraron que por grande y terrible que fuera el desastre sufrido, no debía desalentar ni por un momento al gobierno y al país, pues tenían que perseverar con indomable energía en defensa de los principios de Independencia y República. Se quiso que sin perder un instante se preparase la resistencia de la capital imitando el digno ejemplo de Puebla, pero esto era posible? Era preciso terminar las obras de defensa, construir todo género de armas, hacer llegar á marchas forzadas los contingentes de los Estados, conseguir recursos sacándolos de donde los hubiera, formar copiosísimos almacenes de víveres; dictar medidas de seguridad y hacer venir armas de fuera de la República. Una ley marcó el plazo de tres días para la expulsión de los franceses residentes en la ciudad de México y el Distrito Federal, con rumbo á Morelia y á Querétaro, á una distancia que no bajara de cuarenta leguas de la capital, señalando algunas excepciones; fué designada una comisión de médicos para dictaminar acerca de los expulsos enfermos, teniendo también los súbditos franceses la obligación de entregar todas las armas que conservaran en su poder.

Para preparar la defensa de la capital quedaron declarados libres de derechos porción de artículos de primera necesidad; también se hacían requisiciones de armas de las que en gran manera se carecía; los restos del ejército del Centro se dirigieron á la capital, nombrándoseles por jefe al general D. Juan J. de la Garza; el Ayuntamiento tuvo sesiones secretas y llegó á su colmo la alarma al saber que se había rendido la plaza de Puebla, tan bizarra y heroicamente defendida por el ejército de Oriente, del que se esperaba que por lo menos una parte habría rompido el sitio.

Mientras que pasaban los sucesos que se acaban de referir, en el interior de la plaza sitiada aumentaba la crisis por momentos: el día 7 habían vuelto á escasearse los víveres á tal grado, que los soldados apenas recibían media ración, y esta escasez era manifestada diariamente por los generales en los partes que rendían. Nuevas comisiones fueron nombradas para auxiliar á las que tenían á su cargo catear las casas en busca de víveres en cualquiera cantidad que fuesen y donde quiera que se hallaran. Estas nuevas comisiones estaban presididas por jefes activos y celosos en la conservación del ejército de Oriente, escogidos por los generales Berriozábal y La Llave; como resultado de tales medidas tuvieron las tropas víveres para otros dos días, aunque en cantidad reducida. La escasez de alimento tenía en estado de desesperación á cerca de cincuenta mil habitantes de la ciudad, que se habían quedado dentro de los muros. Millares de personas de todas condi-

ciones, sexos y edades, entre las que se contaban multitud de miembros de familias respetables, se lanzaban desafiando la muerte en las calles enfiladas por los fuegos del sitiador, únicamente para conseguir que se les vendiera una pieza de pan, en alguna panadería situada en aquellos puntos: miles de mujeres y niños se le presentaban al general en jefe por todas partes, especialmente en la calle de Mesones, donde estaba situado el alojamiento del Sr. G. Ortega, quien presenciaba cuadros tristes y desgarradores; mujeres llorando le presentaban á sus hijos; otras pedían pan; algunas solicitaban pasaportes para poder salir de la ciudad; otras que les proporcionara un socorro; muchas exigían boleta para que se les vendiese á cualquier precio una pieza de pan en alguno de los establecimientos en que se elaboraba ese alimento para los soldados, y no era posible que aquellos pacíficos moradores en número mayor de cuarenta mil pudieran dejar la ciudad, pues los sitiadores no les habían permitido salir de ella, una vez comenzadas las operaciones.

El día 7 continuaron los trabajos de circunvalación y las obras de contra-aproche, con la misma actividad que los días anteriores, aunque los fuegos eran lentos por una y otra parte; ya los franceses no hacían esfuerzos para tomar la plaza á viva fuerza, desde los sucesos del 25 de Abril; suspendieron los asaltos desde que habían sido rechazados en distintas direcciones, dejando prisioneros á sus más aguerridos y valientes soldados. Limitóse el ejército sitiador á hostilizar la plaza con proyectiles desde los puntos en que estaba parapetado, procurando conseguir la rendición sin acabar con sus soldados.

El general Forey había dicho al teniente coronel Sr. Juan Togno, portador de la comunicación del jefe de la plaza, fechada el día 7: "que la defensa de la plaza de Puebla era inusitada y hasta cierto punto bárbara, reprobada por la civilización moderna, pues los edificios y casas de la ciudad estaban quedando convertidos en cenizas y escombros; que la defensa de la ciudad no podía tener en esos momentos otro objeto, que el de adquirir un nombre el general en jefe y su ejército, nombre que ya tenían; pero que los estragos que se estaban causando á la plaza eran inútiles y contra la humanidad; que la práctica en Europa establecida en los sitios modernos, consistía en entrar los defensores en pláticas con los sitiadores, tan luego que quedaba rompida la línea exterior de la plaza; que llegado este momento, se verificaba una capitulación honrosa, la que estaba dispuesto á conceder al general G. Ortega, y á la guarnición que tan cumplidamente había llenado sus deberes. Encargó al Sr. Togno dijese al jefe de la plaza, que era preciso poner término á la desastrosa cuestión y que esto estaba hasta cierto punto en su mano, haciéndose Presidente de la República, para lo cual convendría llamar á la Nación á nuevas elecciones, y que si para conseguir tales fines se le presentaban algunas dificultades, le apoyaría el ejército francés. Si estas proposiciones no eran admitidas, podría hacer otras el Sr. G. Ortega que fueran igualmente honrosas para Francia y para México, ó que se prestara al menos á una conferencia que tendría lugar en el punto que señalara el jefe mexicano." Terminó el general Forey asegurando que de todas ma-